

El caudillaje carlista y la política de las partidas

Lluís Ferran Toledano González

Universitat Autònoma de Barcelona

Entre los aspectos que dan cuenta del apoyo armado a la contrarrevolución carlista, los historiadores han centrado su interés en diversos temas: la reacción campesina ante las medidas fiscales del primer liberalismo, el empleo de métodos coercitivos que aseguraban la recluta carlista, la penuria económica que empujaba a sectores pauperizados a buscar un sustento en la partida, por no mencionar otros aspectos propios del universo ideológico y cultural de esas sociedades. No obstante, considero que existe otra línea explicativa complementaria, que contribuye a enriquecer la investigación sobre el tema. Me refiero al lugar que ocuparon caudillos y cabecillas en el entramado de relaciones sociales y políticas propio de las partidas, una línea de trabajo que permite contemplar desde una perspectiva más compleja el conjunto de vinculaciones existentes en esas organizaciones.

En las páginas que siguen a continuación, nos proponemos reflexionar en torno a los siguientes interrogantes: ¿Quiénes fueron los caudillos y a qué se debía su influencia entre sus subordinados? ¿Qué papel desempeñaron esos jefes en la evolución política interna del carlismo? ¿En qué medida eran un polo de atracción en la incorporación de combatientes? ¿Qué tipo de dependencias existieron entre los caudillos y los habitantes del territorio que controlaban? Estas y otras preguntas se encaminan a situar el papel del caudillaje como un elemento más a tener en cuenta en la comprensión política del fenómeno carlista. Una reflexión que toma como espacio de análisis privilegiado

la Cataluña de la Tercera Guerra, entre abril de 1872 y noviembre de 1875 ¹.

Un aspecto principal en el estudio del carlismo es el papel político y, secundariamente militar, de los cabecillas. No todos los jefes y oficiales del ejército carlista en Cataluña fueron reconocidos como caudillos y cabecillas. Su capacidad de liderazgo iba mucho más allá de su poder y calidad como capitán, comandante o cualquier otro rango militar. Así, el caudillaje constituyó uno de los ejes definitorios del carlismo catalán, con similitudes con el resto de carlismos. Muestra de ello fueron las insubordinaciones realizadas contra la máxima jerarquía carlista protagonizadas por Savalls y Auguet, pero también por Tomás Segarra o el cura Santa Cruz, en el Maestrazgo y el País Vasco. En un sentido parecido, disputas entre caudillos existieron abundantemente en Cataluña, lo mismo que en el País Valenciano: Pascual Cucala, Francesc Valles o, nuevamente, Tomás Segarra.

1. Ascendente y redes de influencia en los caudillos

Entendemos el caudillaje carlista como un tipo de autoridad tradicional capaz de canalizar la protesta armada de propietarios y hacendados antiliberales, de defender sus intereses locales, y de conseguir la recluta de sectores populares a través de estrategias diversas; entre ellas el sustento inmediato, la mejora de su posición en el mercado de trabajo local, la identificación ideológica y simbólica con el caudillo, o simplemente el reclutamiento forzoso ². En resumen, el caudillo estaría en el centro de un modelo de movilización de masas «desde arriba», complementario al uso de fuerzas militares regulares afines, pero apegado

¹ Aspecto tratado en mi tesis titulada *Antiliberalisme i guerra civil a Catalunya. El moviment cadí davant de la revolució democràtica i la tercera guerra carlina, 1868-1876*, leída en la Universitat Autònoma de Barcelona el mes de julio de 1999 (en proceso de publicación).

² Nos ha parecido interesante la obra de O. A. BRADING, *Caudillos y campesinos en la revolución mexicana*, FCE, México, 1993, en particular el trabajo de Alan Knight, «Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1917», pp. 32-85, con sugerencias respecto del caudillaje tradicional del siglo XIX, y precisiones sobre el uso y abuso del concepto. Otras reflexiones tomadas de Raúl MAHTÍN AHHANZ, «El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo», en José ÁLVAREZ JUNCO (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 73-99, y el artículo de halo de Sandre, «Carisma», en N. BOIIIHO, N. MATTEUCCI (comps.), *Diccionario de Política*, Madrid, Siglo XXI, 1982, pp. 194-197.

a las bases sociales del movimiento. Una forma de encuadrar el apoyo subordinado de sectores sociales aglutinados en oposición al liberalismo político gubernamental.

En ocasiones, las menos, existieron caudillos que reforzaron su autoridad mediante rasgos carismáticos (Francesc Savalls, Rafael Tristany...), popularizados por la publicística carlista. Pero lo que más abundó fue el uso del término «caudillo» como equivalente al de cabecilla. Ciertamente, un caudillo también era un cabecilla, es decir, el jefe de un grupo armado vinculado a los caracteres y habilidades de su persona, aunque preferentemente al caudillo se le situaba en la alta jerarquía militar. En este sentido, en la literatura y en la prensa de la época, caudillo y cabecilla eran términos que se usaban indistintamente pero ocupando niveles distintos, superior e inferior, se tratase de un general o del jefe de una pequeña ronda.

Durante los dos primeros años del conflicto bélico, en la Cataluña de 1872 y 1873, el protagonismo lo tuvieron los jefes de partida. La cuna del caudillaje se forjó los primeros meses del alzamiento, entre abril y mayo de 1872, aunque en el caso de personajes como Josep Estartús, Geroni Galceran o Rafael Tristany, su liderazgo se hundiera en experiencias de años anteriores y tan sólo tuvieron que revalidarlas. El alzamiento de 1872 sirvió para comprobar el papel dave de los jefes militares en el suministro de dinero, de combatientes, y la aparición en sus grupos respectivos de cabecillas menos conocidos. Mientras en unos casos los jefes utilizaron su posición política y económica dominante en la comarca para asegurar el éxito de la operación, en otros casos se echaba mano de la confianza que daba la experiencia y la veteranía.

Existen suficientes testimonios que prueban la escasa disposición de la cúpula política carlista a utilizar las partidas, y sí en cambio a privilegiar la acción conspirativa en los cuarteles. El predominio de las partidas podía, como así en buena parte ocurrió, girar el centro de gravedad de los centros políticos urbanos carlistas, el elemento legal y público, hacia el protagonismo de los trabucos y los sables. Después del fracaso generalizado del levantamiento en toda España la primavera de 1872, el carlismo no tuvo más remedio que primar aquello que quería subordinado: las partidas y los cabecillas. En estas circunstancias fue indispensable que los hombres más «influyentes» del carlismo local levantasen, es decir, pagasen, las primeras partidas y extendiesen la insurrección.

El fracaso en la estrategia del «pronunciamiento» carlista, la negativa a participar en el alzamiento de jefes gubernamentales de las plazas

de Barcelona, Girona, Figueres o Pamplona, llevó al caudillaje tradicional a superar el papel de comparsa que tenía otorgado en un principio en el operativo del golpe. El nuevo «pronunciamiento» carlista del sexenio democrático, igual que el liberal desde principios de siglo, fue mucho más que un suceso militar, ya que tuvo un sentido claramente político. El alzamiento carlista planeado utilizaba como punta de lanza el apoyo militar, después de embolsar a generales y coroneles cantidades importantes de dinero como garantía. Pero también canalizaba el elemento civil. El entramado de juntas carlistas eran auténticas plataformas de asalto al poder local y provincial para colocar al carlismo político en la dirección de la administración. Esta iniciativa se vería reforzada por la presencia armada de las partidas. Sin embargo, toda esta estrategia se desmoronó como un castillo de naipes cuando fallaron las complicidades en los cuarteles y, nuevamente, fueron las partidas y el sistema de liderazgos representado por caudillos y cabecillas los que sacaron las castañas del fuego ³.

Todavía estamos lejos de conocer cuestiones básicas como el origen y desarrollo histórico del fenómeno de los caudillajes. Como señaló en su momento la profesora Irene Castells, la guerra de la independencia constituyó un laboratorio de fórmulas ideológicas, plasmadas en la Constitución, pero también de prácticas que tuvieron continuidad más allá: el pronunciamiento y la guerrilla. Estas últimas se convirtieron en arquetipos del cambio político o de la reacción, y fueron modelándose a medida que transcurría el siglo, rico en experiencias en ambos sentidos. A estas alturas de la investigación, sabemos que ni el pronunciamiento fue monopolizado por el liberalismo, ni la guerrilla en exclusiva por el carlismo, aunque cada uno en su terreno contribuyó a darle su fisonomía más acabada.

Con todo, la eficacia del carlismo catalán durante los primeros meses de la contienda se debió también al buen uso de esta cultura insurreccional. Tanto las formas generales utilizadas en el alzamiento (formación y reunión de partidas, papel clave de grandes propietarios que garantizaban el sostenimiento económico del grupo), como la siguiente fase de consolidación y reparto del territorio (establecimiento de jerarquías y grados, asignación del terreno a cada cabecilla...), respondían a prác-

³ Para el modelo del pronunciamiento liberal ver Irene CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, Barcelona, Ariel, 1989. Sobre la dinámica cOllspirativa española y catalana, las causas inmediatas del conflicto bélico y el fracaso de la sublevación militar en mi tesis, capítulos 2 y 3, pp. 51-102.

ticas aprendidas y heredadas de conflictos pasados. Alrededor de un 80 por 100 de los jefes habían participado en la Primera Guerra y en la de los «matiners». Agotados los recursos iniciales, la necesidad de aprontar dinero con cierta regularidad y el establecimiento de una intendencia centralizada se convirtieron (como lo fue treinta y cinco años antes), en problemas de capital importancia. Obtener un flujo de dinero estable condicionaba las posibilidades de crecimiento de la partida o el batallón, y permitía la indiferencia o aumentaba el rechazo de la población. En este sentido, el uso de técnicas del pasado, como el secuestro de autoridades municipales y principales contribuyentes, llegó a su máxima expresión durante la Tercera Guerra Catalana. Prácticas que respondían a una extraordinaria adaptación a las necesidades sociales y económicas de los miembros de las partidas. Nos referimos a la temporalidad de los combatientes, las licencias dadas para poder trabajar en la siembra, en la cosecha o, cuando iban mal dadas, «el cambio de camisa», que permitía, mediante el descanso, «esponjar» la partida. Si a ello sumamos el enorme papel político y económico jugado por las grandes casas que simpatizaban con la causa, las «pai-ralias», o el comportamiento de las guerrillas en las operaciones militares, podemos configurar un cuadro más completo de esos procesos de transmisión y adaptación que acabaron de perfilar la cultura insurreccional del carlismo.

Los primeros meses fueron cruciales en la consolidación o rechazo de cada caudillo. Algunos de ellos, como Josep Estartús, primer jefe en la provincia de Girona, se acogieron al indulto antes de tener una derrota definitiva. Para otros, en cambio, poder sortear las dificultades que presentaba la situación creaba las condiciones y las oportunidades para subir meteóricamente en el escalafón. En ocasiones, los viejos caudillos como Andreu Torres, principal responsable en la provincia de Lleida, no confirmaron el crédito necesario entre los suyos y por ello fue relevado a finales de 1872. Mientras, en las tierras del campo de Tarragona, los problemas consistieron en la imposibilidad de construir una jerarquía de caudillajes aceptable por todos sus subordinados.

El general liberal Manuel Pavía hizo unas interesantes reflexiones que vinculaban el carácter del carlismo con el papel de los caudillos. Para el autor, la necesidad de levantar grupos armados desembocaba en una especie de servidumbre, un mal menor que condicionaba la política militar carlista. En expresión de Pavía, «de esta lucha resulta que las masas, ya convertidas en soldados, no quieren obedecer más

que a los cabecillas que los han sacado de sus casas, y que algunos de aquéllos o la mayor parte de ellos se han comprometido pura y exclusivamente con él, y no con la bandera que defienden; la que no conocen muchos y tal vez no tengan afinidades interiores con ella)). Unas afirmaciones hechas sobre un carlismo que Pavía conocía bien, cuando mandaba el ejército liberal del Centro. En este contexto podemos entender las declaraciones de un dirigente carlista cuando observó: «quien sea amigo de Tristany, ya no lo es de Savalls, y así de todos los jefes) 4.

En efecto, los cabecillas ofrecían una lealtad derivada de relaciones personales y familiares con sus subordinados (jefes a su vez, capitanes o sargentos), en una cadena que se extendía hasta la base del sistema. Las guerrillas eran así fuertemente identitarias. El voluntario «era de) Morlans, Vila de Prat o del cura de Prades. Si alguno de ellos moría, existía un peligro real de disolución del grupo, siempre y cuando el sustituto dejase de ser de confianza. A menudo, por tanto, el compromiso era personal y local, mientras que la obediencia a una autoridad central topaba con dificultades. Tras la muerte de Ceroni Calceran en 1873, la salvación de su partida consistió en convencer a su hermano, Josep Antoni Calceran, a la sazón sacerdote de la parroquia de Vinyoles de Orís (Osona), para que se convirtiera en comandante de su batallón. La supervivencia del grupo quedaba así asegurada.

Un caudillo «de verdad)), un buen jefe militar, había de solucionar dos problemas: el primero, las subsistencias, la paga y el buen trato con la población; el segundo, la salvación de la partida en el curso de las operaciones militares, aquella habilidad para zafarse del acoso de las columnas y evitar llevar a los voluntarios al desastre y a la muerte. El caudillo necesitaba ocasionalmente convertir su pequeño ejército en una especie de acordeón, que se ampliaba o reducía según las circunstancias. Estaba obligado a manipular sus efectivos para vivir con los recursos económicos disponibles, sin agotar sus bases de aprovisionamiento, a riesgo de ver peligrar su legitimidad. Se trataba también de cuidar las relaciones con el país, básicamente con los hacendados y propietarios carlistas, y con las familias que habían de sufrir el alo-

⁴ Manuel PAVÍA y RODRÍGUEZ DE ALBUQUERQUE, *Ejército del Centro, desde su creación en 26 de Julio de 1874, hasta el primero de Octubre del mismo año, por su General en Jefe...*, Madrid, Imp. de Manuel Minuesa, 1878, pp. 78-79. Cafia de Pere Pujador a Mateu BLUguera, desde Sant Joan de las Abadesas, 27 de noviembre de 1874. Biblioteca de la Real Academia de la Historia, fondo A. Pirala, legajo 9/6869.

jamiento. Existía, además, otro compromiso no menos importante, el de no salir del territorio más cercano a la casa, dentro de las comarcas circundantes. Fuera de estas condiciones podemos hallar todo tipo de matices, personificados en gente como el Xic de Sallent, jefe de cuarto batallón de Girona, un auténtico especialista en escabullirse de sus propios superiores, y evitar de esta forma de ser controlado por nadie. Otros, como Josep Vila Crivillers (a) Vila de Prat, jefe de diversos batallones en la provincia de Barcelona, fue conocido por los suyos con el apelativo del «Vila fuig» (Vila huye), de tanto que quería esquivar la tropa enemiga.

Las exigencias y requisitos del caudillaje estuvieron en el centro del enfrentamiento entre las fuerzas carlistas gerundenses, con Francese Savalls a la cabeza, y el séquito militar comandado por Alfonso de Borbón y de Austria Este, el hermano menor del pretendiente. Detrás del conflicto entre las dos autoridades estaba la discusión sobre el modelo disciplinario de las partidas, más relajado en el primer caso y ordenancista en el segundo, así como la negativa de las partidas a luchar fuera de su país y marchar al Maestrazgo y la meseta castellana. Las diferencias de modelo constituyeron el principal problema con el que chocó Alfonso y los militares de carrera, como el general Plana, el brigadier procedente de la guardia civil Gaietà Freixa o Martí Miret. Su objetivo fue el de establecer una estructura militar regular, un ejército homologable al del enemigo. Las resistencias fueron enormes, también en el terreno de la caótica organización fiscal carlista. Los impuestos en buena medida fueron producto de la negociación, del saber hacer entre el cabecilla y las autoridades municipales. Por ello, la administración de los tributos era de difícil centralización y su control fue imposible por parte de la figura del intendente general, Francesc Solà, amigo a su vez de los infantes ordenancistas.

La categoría de caudillo podía o no existir desde el principio de la guerra. Un hombre de la aureola familiar de Rafael Tristany la tenía. Probablemente, Francesc Savalls no. Ni por razones familiares, ni por su trayectoria, Savalls estaba considerado así. Al principio, era uno de tantos jefes de partida teñido de catolicismo que había luchado en la defensa de la Roma pontificia. Tan sólo gradualmente pudo desarrollar aquellas habilidades y éxitos encaminados a conseguir reconocimiento. Un estado, el de liderazgo, «fuerte» y «débil» al mismo tiempo, todo dependía de la configuración de su papel como jefe y de cómo era vivido por sus seguidores. El cabecilla requería de una experiencia

de continuidad y de una legitimación por parte de sus superiores y subalternos. Es el caso de la espada de honor regalada por la Junta catalana a Savalls, a fines de 1872, o las cartas públicas de agradecimiento que el pretendiente le dirigió aquellas semanas. Fue denominado «el nuevo Cabrera». De todas maneras, la condición de caudillo no estaba asegurada para siempre. A pesar del apoyo de sus incondicionales entre 1872 y 1874, el carlista ampurdanés acabó la guerra con su imagen muy deteriorada: un sujeto violento, sospechoso de traición y de pactar con el enemigo, un emhaucador que escapó a Francia para vivir con lo robado⁵.

La situación aquí descrita no era válida para todas las zonas. Savalls, Tristany o Joan Castells eran caudillos, pero no siempre ni en todo lugar. Dehemos contemplar un panorama con grandes «condottieros» y pequeños cahecillas. Casos como el del «Nen de Prades» en las comarcas del campo de Tarragona, el de Ramonet Ne en el Bergueda, Massacs en la comarca de Igualada, y una larga nómina más. En el mejor de los casos, ¿qué le dahan a cambio los voluntarios al jefe de la partida? Básicamente autoridad para ejercer su poder. En este sentido la historia de los caudillos carlistas debería centrarse en tres aspectos: el primero, profundizar en la percepción que los dominados, los soldados, tenían de su jefe; el segundo, caracterizar su personalidad, y, por último, delimitar las características básicas de esta relación de dominio.

En esa compleja dirección hemos elahahorado un censo de 117 jefes de partida teniendo en cuenta tanto los que protagonizaron el alzamiento en el interior de Cataluña, como los que entraron desde el Rosellón, los que mandaron partidas, rondas, o más tarde hatallones. Para ello nos hemos ayudado de las descripciones hechas por la prensa, liberal o carlista, y de las nóminas de jefes carlistas elaboradas en los informes de la Capitanía General. Hemos eliminado todos aquellos oficiales, que son muchos, que no adquirieron esa capacidad de liderazgo reconocida.

Los cabecillas carlistas catalanes procedían fundamentalmente de tres zonas. Las comarcas que rodeaban los núcleos de Girona, Vic y Reus. Las dos primeras, ciudades con una destacada presencia carlista,

⁵ Sobre el personaje, el folleto de Carlos DE ROLDAN, *Le général Savalls, son portrait, sa vie*, Hayona, 1873, 16 pp. Una obra anónima. *El Terror de la montaña o historia del famoso cabecilla carlista non Francisco Saballs*, Madrid, 1884, 32 pp. Últimamente, la biografía de J. M. MUNDET y N. PUGDEVALL, *El general Savalls*, Cirolla. 1994.

al contrario que Reus, de orientación liberal y republicana. Además, destaca la intensidad de cabecillas en las zonas montañosas de la comarca del Vallès, la del Bages-Berguedà, y la del Priorato. En resumen, una localización significativa en algunos casos por pertenecer a zonas de fuerte implantación carlista y con apoyos electorales nada despreciables, mientras que en otros fue producto de la fuerte politización de sectores de propietarios rurales, en contraste a los núcleos industriales políticamente desestabilizadores situados en la proximidad.

Más importante es demostrar el carácter fuertemente territorializado, localizado, del sistema de caudillajes. Nos referimos a la vinculación zonal, comarcal, que tenía cada partida y, más tarde, batallón. Hemos podido elaborar un censo de 900 carlistas que estuvieron enrolados en 18 partidas diferentes. El resultado nos permite establecer el grado de vinculación geográfica entre los subordinados y sus jefes. Así, los «voluntarios» de Savalls (97 hombres) o Tristany (38), eran en el primer caso oriundos de la provincia de Girona y de la comarca de Osona (Vic); y, en el segundo caso, de comarcas como las del Solsonès, el Rages (Mmu"esa), la Segarra (Cervera), el Anoia (Igualada) i el Alto Urgel (Seu d'Urgell). Éstos ocupaban el grado más alto en la jerarquía de la jefatura carlista, y por ello sus apoyos pueden llegar a ser muy dispersos en el territorio. Tristany llegó a amenazar en su momento que todos los hombres de su partida se retirarían si sabían que él no estaba al frente del ejército. Los apoyos de Savalls o de Tristany dibujan un territorio amplio, que contrasta con el grado extraordinariamente focalizado del apoyo que tenían el resto de caudillos.

Ciertamente, la mayor parte de jefes carlistas reclutaron sus partidarios en comarcas donde tenían una verdadera influencia. Ésta constituía una «regla de oro» confirmada en las nóminas de los contingentes de las partidas. Las tres cuartas partes de los miembros de las partidas eran del mismo país, habitualmente aquel que frecuentaban en sus correrías. Éste era el caso de la mayor parte de los hombres de Joan Castells, Joan Camps, Ramonet Ne y Benet Morlans, procedentes de pueblos de las comarcas de Berga y Manresa. El caso de Felip Muixí, panadero de Hubí, que reclutó sus hombres de pueblos vecinos del Vallès. El ejemplo seguido por Domènec Massacs, jefe del tercer batallón de Barcelona denominado «voluntarios de Igualada», que reclutó 136 hombres (tan sólo de los que conocemos y tenemos censados) de esta comarca, y unos pocos más del alto Penedes. Por lo que respe(-ta a los voluntarios capitaneados por Moore, Pep Anton, Grau y Jordi de

las BOLJas, el registro de hombres era de 227, de éstos 182 de las comarcas del campo de Tarragona (128, en concreto, del Baix Camp). Cada uno en su terreno: Josep Guiu dominaba el Vallès Oriental y Osona, Manel Camats e! Segrià, las Carrigas y el Urgel, y Andreu Torres las comarcas de la Noguera, e! Alto Urge! y la Segarra (.

Por su parte, las filiaiones completas de la cuarta compañía de! segundo batallón de Cirona, con 107 miembros, nos proporciona una oportunidad para fijar con detalle su procedencia. En este caso, casi la mitad de ellos, 49 soldados, eran de la comarca de la Selva (Santa Coloma de Farnés), 30 más de! Gironés, y 14 de comarcas vecinas (Vic, Ripoll, Olot y Banyoles). En resumen, esta compañía tenía más de un 70 por 100 de sus efectivos procedentes de las comarcas de la Selva y del Gironès. La primera de éstas, resultó ser el territorio más castigado por el número de combates durante toda la guerra, el que tuvo e! mayor número de muertos, y el que aportó e! contingente de carlistas más importante de toda Cataluña ⁷.

¿Por qué razón el encuadramiento de los combatientes carlistas tuvo una base tan territorializada? Una explicación podría ser el carácter tan fuertemente localizado de la política en aquellos años, junto a otros factores como la atracción personal de los cabecillas, la seguridad que daba el conocimiento y la proximidad entre el jefe y subordinados, sin que por ello el tema se agote aquí. La estructura social y económica agraria pudo ejercer también una influencia positiva en la dedicación colectiva a la guerra. Josep Moore, en su libro *Guerra de Guerrillas*, publicado en 1894, consideraba imprescindible que los voluntarios fuesen del país y contasen con oficiales prácticos en el terreno que pisaban. Esta necesidad comportaba uno de los principales problemas que agudamente advertía Moore: la dificultad para adquirir disciplina y una organización militar interna similar a la de un ejército regular. Los oficiales, comentaba este autor que reunía una buena experiencia en la Tercera Guerra, eran habitualmente hijos de los mismos pueblos que los de los voluntarios, acostumbrados antes del conflicto al trato

(. Estos datos se encuentran cartografiados en nuestra tesis anteriormente citada. Lluís FERRAN TOLEDANO, *Antiliberalisme i guerra civil... op. cit.*, pp. 400-401.

⁷ El documento me fue proporcionado por el historiador del carlismo Jordi Canal, y agradezco su amabilidad por proporcionarme esta información. El capitán de la compañía, Jaume Bru Carreras, era natural de Domeny (Girolla), y estaba bajo las órdenes de Ramon Vila y Colomer (a) Vila de Viladrau, rico propietario influyente en la cadena montañosa de las Guillerias y el Montseny.

y amistad con su jefe. La mayor parte de los oficiales eran de procedencia catalana, hablaban su misma lengua y no habían pasado por una academia. Esta situación hacía difícil imponer deferencia y autoridad sin una compensación. Las condiciones de la guerra en los primeros meses, donde a menudo oficiales y voluntarios carlistas se veían obligados a alojarse en el mismo habitáculo, podían reforzar este tipo de situación (1 mes).

2. Los «buenos jefes»: lucha, disciplina y promoción social

Un paso más en el conocimiento del sector dirigente y del tipo de relaciones sociales que se establecieron en el interior de las partidas, lo constituye el origen social de los cabecillas. Hemos podido determinar la profesión de 81 de ellos. Si hiciéramos el retrato robot de un jefe carlista, dos de cada cinco serían propietarios rurales holgados, y uno de ellos, además, un rico hacendado (Barenys, Vila de Prat, Vila de Viladrau, Tomàs Pinyol, Josep Anton Mestres...); otro de estos cabecillas tipo formaría parte del mundo de los pequeños negocios: tenderos, maestros de casas, panaderos, transportistas y, de forma destacada, comerciantes ambulantes, tratantes de aceite, vinos y granos (Mariano de la Coloma, Felip Muixí, Ramon Panera, Josep Guiu...). Otro de estos caudillos formaría parte de un grupo integrado por militares de carrera, estudiantes de seminario o eclesiásticos (el capellán de Flix, Martí Miret o Tomàs Segarra). Finalmente, el último cabecilla pertenecería a los estratos sociales más bajos: zapatero, alpargatero, limpiabotas, sillero o tejedor (Clemens, Mariano de Castellterçol, Miquel Borràs, Francesc Auguet, Barrancot...), junto con otros oficios como el de pastor, barbero o conductor de coches. En este sector hemos de induir dos pequeños propietarios, Joan Pujol y el Tuerto de la Ratera, y el hijo de un aparcerero, Josep Serra Mas (a) Bet de l'Ahella, jefe de una ronda en Sant Martí de Centelles (Osona).

Socialmente, el sistema de caudillajes jugó un papel destacado como estructura de oportunidades, un espacio donde era posible una rápida promoción social. El padre del Bet de l'Ahella, que participó en la Primera Guerra, pudo aprovechar las circunstancias y reunir dinero para convertirse en pequeño propietario y dejar los contratos de aparcería. Un caso parecido es el de Ramon Dalmau, de Montblanc. Su padre había sido jornalero en la Primera Guerra y con los caudales

que consiguió, subiendo en el escalafón o quedándose con el dinero de la contribución, pudo adquirir una fábrica de aguardiente. El mismo hijo de Dalmau poseyó altos cargos en el carlismo militar de la Tercera Guerra. Fue delegado de hacienda en el partido de Granollers y más tarde administrador de la aduana de Campdevunol: «dejando pasar contrabando mediante gratificación, al estilo e igual forma de lo que lo hacen los liberales», según el testimonio ofrecido en las memorias inéditas de Josep Joaquím d'Alós¹⁵.

Las expectativas de acceso al mercado de trabajo que permitía el contacto estrecho con el mundo de propietarios, pudo hacer más atractiva la incorporación, ya fuera entre la suboficialidad o entre la base social del carlismo. Ingresar en una partida y salir vivo de la experiencia, podía asegurar para más tarde el trabajo como guardabosque, vigilante en una fábrica (de los fabricantes carlistas, que los huho), o dependiente en un ayuntamiento controlado por miembros de la comunidad. Una acreditación, la de haber luchado por la causa, que podía ser definitiva para llegar a ser un hombre de confianza en situaciones laborales delicadas, o llegar a ser un «buen aparcerero», por ejemplo, en el respeto a la propiedad.

Las oportunidades de ascensión social dependían, sobre todo, de la buena relación que los oficiales menores y capitostes locales mantuvieran con la alta jerarquía militar, con los caudillos reconocidos. Éstos distribuían cargos y servicios a cambio de crear un grupo de oficiales adicto, una especie de séquito de fieles a toda prueba. El sistema de caudillajes constituyó una red de relaciones compleja, en la cual las vinculaciones personales tuvieron una importancia decisiva. La fórmula que más se prodigó durante la guerra, el «modelo Savalls», consistió en facilitar la paga y la impunidad para el saqueo de liberales por la base, y conceder libertad para el enriquecimiento personal de los jefes en la cúspide de la estructura militar.

Otro modelo fue el proporcionado por Don Alfonso y su esposa, María de las Nieves. En este caso el caudillaje se quería construir artificialmente, subordinándolo al reclutamiento impersonal, semi-mer-

¹⁵ Josep Joaquím d'Alós, *Carlismes de Catalunya. Biografías*, escritas el mes de abril de 1876, Biblioteca de Catalunya. El autor, Josep Joaquím d'Alós y de Martill, era un noble que tenía los títulos de Marqués de Alós y de Llió, Barón de Balsareny. Conocía muy bien las interioridades del partido carlista por el género de descripciones que hace, respetando a unos y criticando implacablemente a otros. Por sus comentarios, probablemente era de filiación conservadora.

cenario. Ésta era una pareja que coronaba la dirección del carlismo político y militar desde su entrada por la frontera francesa, a principios de 1873, y que protagonizó una de las pugnas más sonadas por el control del movimiento con el caudillo Francese Savalls. Cuando los infantes se presentaron ante los suyos, un grupo de propietarios de Ripollès y la Garrotxa quiso formar parte de su escolta de honor. Con el paso de los meses, Alfonso y «doña Blanca» se rodearon de hombres fieles, muchas veces oficiales procedentes del ejército regular, aristócratas y amigos venidos de la Europa católica, o de caudillos de reciente factura. Dentro de estos últimos, Martí Miret fue el más beneficiado. El mes de mayo de 1874, Alfonso enviaba a su hermano la hoja de servicios de Miret para promocionarlo. No es extraño que después de 1868 el reconocimiento de grados, en el todavía inexistente ejército carlista, hubiera sido uno de los temas más conflictivos en la vida interna de la «corte» carlista en el exilio ⁶.

Un caso frustrado de promoción fue el de Joan Castells. Este caudillo, el primero en levantarse desde Gràcia (pueblo entonces, contiguo a Barcelona), marchó a la montaña con una pequeña red de subordinados en la que estaban presentes algunos de los capitostes locales de la provincia. Uno de los conectados con Castells, Mariano de Castellterçol, tejedor de 46 años, pudo llegar más tarde a mandar el segundo y el quinto batallones de Barcelona. Otros también adquirieron una cierta notabilidad. Nos referimos a los Muixí, los Borrás o los Cavallé, delegados de administración en algunos distritos. Un caso interesante lo constituyó Rafael Ferrer, natural de Cervera e hijo de un miembro de la Junta de Berga durante la Primera Guerra, que llegó a ser secretario personal de Castells. Cuando este último fue defenestrado por los infantes, el mes de enero de 1873, Ferrer se tuvo que buscar ocupación en el séquito de Savalls. Mientras tanto, Castells se alejó de la dinámica de los combates viviendo con su propio grupo a salto de mata. El último protector civil de Castells fue Josep Ignasi Mirabet, notario de Vic. Éste ocupó, antes de la guerra, el cargo de vicesecretario de la junta católico-monárquica y del ateneo carlista de dicha ciudad. Como protector de Castells realizó diversas comisiones en su nombre en la corte carlista. Finalmente, cuando Castells fue rehabilitado, Mirabet fue otra vez secretario suyo, entre 1874 y 1875.

⁶ Resulta de consulta imprescindible la obra de María de las Nieves ⁷¹: BRACANZA, *Mis memorias sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874*, 2 vols., Espasa Calpe, Madrid, 1934-1938.

Joan Castells, constituye, por tanto, una excelente muestra de la pérdida de peso específico de los caudillos dentro de la dirección carlista a lo largo de la guerra. Un año después de que Alfonso lo destituyera en el cargo de comandante de la provincia de Barcelona, Castells se quejó amargamente al obispo de la Seu d'Urgell, Josep Caixal Estradé. Para el viejo Castells, el tiempo de los fieles había caducado. Era de dominio público, comentaba lastimosamente, «que la época de los guerrilleros ha pasado ya, y que estos deben ceder su plaza a los generales experimentados (...)» Esta manera de representar la división interna entre caudillos y militares ordenancistas, se entrecruzaba con otra fractura, la de los «verdaderos realistas» y la de los advenedizos. De hecho, resultaba poco novedosa la oposición entre guerrilla y ejército regular, la sustitución de antiguas por nuevas lealtades, entre puros y recién llegados al carlismo, existente ya en la Primera Guerra ¹⁰.

Otra buena red de relaciones fue la construida por Rafael Tristany. Para hacerlo contaba con una extensa gama de contactos que había creado a lo largo de los años con la colaboración central de su familia: Francisco de Asís, Ramón y su sobrino, Josep Querol (a) doña Pepa. Este último, negociante de vinos en Francia, había entrado en Cataluña acompañando a su tío en mayo de 1872. Como recompensa a su fidelidad, obtuvo el cargo de jefe de su batallón de guías. Otro antiguo amigo de Tristany era Marc d'Abadal, veterano matiner. Ahora Tristany lo recuperó nombrándole jefe de los mozos de escuadra carlistas. Otros casos completan esta red: Vives de la Cortada, secretario personal y aposentador de sus tropas, o el rico propietario de Granollers de Rocacorba (Girones), Francesc Pratsevall Sala. Este último consiguió ser jefe de la intendencia de su provincia. En los primeros cuatro meses de la guerra pagó de su bolsillo una partida de 40 a 50 hombres; enemigo de Savalls y su compinche, Francesc Auguet, dejó el cargo para ocupar la delegación de Girona de la diputación carlista catalana. El hecho interesante a señalar en este mercado de favores es que, gracias a la amistad e influencia personal de Pratsevall, un capitoste menor, Francesc Casellas, fue colocado como jefe de una ronda de recaudadores en el Ampurdán y, más tarde,

¹⁰ Carta de Joan Castells a Josep Caixal y Estradé, futuro vicario general castrense de los ejércitos carlistas. Copia que el obispo envió al pretendiente, desde Vergara, el 18 de diciembre de 1873, BRAH, fondo A. Pirala, legajo 9/6868.

delegado de contribuciones en los distritos de Santa Coloma de Farners y Arenys de Mar ¹¹.

Francesc Savalls, nacido en el pueblecito ampurdanés de La Pera, constituyó, probablemente, uno de los ejemplos de caudillo más acabado. A los 55 años construyó una red con pocas fisuras, de arriba abajo, gracias a su habilidad y al oportunismo mostrado durante 1872; también, por el hecho de ser escogido como el representante militar de un grupo cualitativamente notable de hacendados e intelectuales católicos de la provincia de Girona. Savalls se convirtió en un jefe necesario en los primeros meses de campaña, ante la defección de Estartús y la crisis de liderazgo resultante de las luchas de facciones en el interior del carlismo gerundense. Con él se relacionaron el sacerdote y conspirador Joan Vendrell, como secretario personal y enlace con el sector de hacendados representado por la familia Sabater, Marqueses de Capmany, o los Sola-Morales de Olot, es decir, una buena muestra del mundo de las juntas católico-monárquicas locales. El eclesiástico Vendrell, después de diversas maniobras y conspiraciones, fue apartado de su lado y nombrado subdelegado e inspector de hospitales entre 1874 y 1875; un enemigo suyo, Josep Maria Galí, lo acusó de ser «el Mefistófeles de Savalls».

Un inestimable apoyo de Savalls fue Francesc Auguet, su brazo derecho. De oficio alpargatero, tenía 57 años al comenzar la guerra. Su retrato es el de un hombre fiel al partido pero un católico poco practicante. De maneras toscas, maldecía constantemente. Fue capaz de reclutar su batallón, el segundo de Girona, entre jóvenes de las comarcas de Olot y Santa Coloma. Un ejemplo de las vinculaciones personales tejidas por Auguet era Salvador Tarridas, capitán del cuerpo de guías. Un hombre que no sabía leer ni escribir, algo habitual en muchos de los capitostes y segundones de la provincia. Según el tes-

¹¹ Josep joaquim D'ALÓS define a Pratsevall como un hacendado de buena fe, instruido, de modales y moralidad a toda prueba. adicto al altar y al trono. Debido a sus servicios a la causa quedó casi arruinado, hasta que en 1876 fue asesinado en su residencia por un grupo de ladrones. A su vez, Francesc Casellas tenía 30 años y era de Sant Miquel de Campmajor (Pla de l'Estany), antiguo estudiante en el seminario de Girona. Para otro autor, ANTONI PAPELL, era una prueba más de la «ferralla» (chatarra) que existía en el carlismo. ALÓS lo describe como un joven alto, espigado, «con la sonrisa en la boca en cuanto abría como gran socarrón y amigo de pintarla de guapo». Forjó su fama dedicándose a exprimir cuanto podía a los pueblos en su tarea de recaudador. Josep joaquim D'ALÓS, *Carlistas de Catalunya...*, op. cit., Y ANTONI PAPELL, *L'Empordà i la guerra carlina*, Figueres, 1931, p. 280.

timonio de Alós, profusamente utilizado en este artículo, Salvador Tarri-fas era un «tonto entonado en grado extremo», un individuo conocido con el apelativo de «el sargentás», un protegido de August «para que le proporcionara las chicas».

Otro botón de muestra es el de Bonaventura Capdevila. En su estancia en Cirona como estudiante había conocido a Ponci Frigola, un carlista destacado. La confianza ganada fue suficiente para formar parte del círculo de allegados de Savalls que le nombró recaudador del distrito de Figueres, con bula para secuestrar y extorsionar contribuyentes. Los ejemplos se podrían extender a Miquel Cambó Gaietà (a) Barrancot, contrabandista y conductor de diligencias en Besalú, Salvador Soliva, tendero de Tordera, Francesc Orri (a) Xic de Sallent, o el veterano Ioan Ingles, capitán de los requetés de Savalls y jefe del resguardo de la frontera en Camprodon, especialmente duro con los desertores carlistas. Otro caso es el de Joan Baptista Aimamir (a) Lluysset, antiguo mozo de escuadra. En esta ocasión entró a servir de alférez y acabó la guerra con el grado de coronel. Una prueba más del mercado de posibilidades de rápida ascensión social que permitía toda tentativa bélica.

Un apéndice más de la trama creada por Savalls y los suyos fueron sus «trabucaires», una especie de guardia pretoriana privada. Se trataba de un pequeño grupo de sicarios mandados por Josep Ferrer, su hombre de confianza, antiguo mozo de escuadra en Sant Hilari Sacalm y natural de Vilaplana (Baix Camp). Uno de los trabucaires fue Eudald Parès (a) Audalet, natural de Besora, y de carácter muy violento. A lo largo de la guerra se le adjudicaron seis asesinatos, cometidos contra quienes no querían pagar la contribución, ya fuera por motivos políticos o por circunstancias personales. Otro de los guardianes de Savalls, jefe de ronda y de apodo Sant Feliu, llevó su celo hasta extremos inconcebibles: quiso fusilar a una mujer de Sant Esteve d'en Bas (Carrotxa) por atreverse a murmurar que «Savalls llevaba piojos en el bigote, que los había dejado en las sábanas de la cama». La pobre mujer pudo salvar su vida a cambio de 25 duros de multa ¹².

¹² Volviendo al caso de Audalet, fue descrito por Alós como un «hombre del pueblo, grosero, sin ninguna instrucción, fue trabucaire de Savalls, hechura suya». Una vez impuso una multa a unos leñadores con el pretexto de que sus perros podían alertar ulla (columna enemiga. Por culpa de los líos de su hijo (Oll mujeres, una de las chicas, hijas a su vez de un mozo de escuadra carlista, hizo que Audalet fuese castigado por las autoridades de su partido. El último año de la guerra Audalet se casó «con una

¿En qué consistió el poder e influencia de Francesc Savalls? ¿Podemos decir que existió un sector savallista? ¿Tenían Ulla particular forma de entender la guerra y el carlismo? A continuación procuraremos perfilar algunos aspectos de su personalidad política, de su actuación, y de la percepción que tuvo en partidarios y detractores. La mayoría de descripciones muestran a Savalls como un personaje que iba por libre, poco amante de la disciplina, tal y como ésta se entendía en las escuelas de Estado mayor. Savalls enseguida se percató de la potencialidad que ofrecía su liderazgo. En agosto de 1872 propuso a su séquito ante Don Carlos para promocionarlos en el escalafón: Frigola, Felip de Sabater, Miquel Torroella, Jaume Vergès, Eudald Surroca y Marcel·lí Blanc. Tal vez por esta razón, una de las formas de frenar el ascendiente de Savalls fue regular el nombramiento de oficiales, bajo el control del Ministerio de la Guerra a partir de otoño de 1874 ¹³.

Uno de los principales enemigos y oponentes de Savalls fue Josep Estartús, veterano general carlista y responsable de la provincia de Girona en los comienzos del estallido bélico. Por sus memorias y cartas inéditas, sabemos que Estartús denunció a Savalls y sus partidarios ante la «corte» carlista en tono muy grave: «Y. A. habrá visto que Savalls no es el Mesías que le dibujaran tres o cuatro abogados que se disputan la presidencia de una audiencia, otros tantos capellanes que pretenden alguna canongía, yesos cuatro propietarios que buscan un título con que llenar su fatuidad (...)». Lo cierto es que Savalls no le daba los partes de sus fuerzas y no atendía a sus órdenes. En otros pasajes, Estartús describe a Savalls como un hombre poco atento a las formas, malhablado, religioso de fachada, amigo de bailes, sardanas y la buena mesa. Su carácter es descrito en una conversación que mantuvo con Estartús: después de un pequeño choque armado, Savalls apareció «tan satisfecho como si acabara de ganar una gran batalla. Nunca habíamos muerto tanto, decía riendo. Y, ¿dónde tiene Ud. las

rabanera pública que se llamaba (a) la cantinera». Murió físico en 1875 y su hijo, después de ser indultado, fue cosido a navajazos». Ver, de nuevo, los testimonios de J. J. D'ALÓS, *Carlistas de Cataluña...* op. cit. Sobre la cuestión de la violencia, ver nuestro trabajo: LLUÍS FERRAN TOLEDANO, «A Dios rogando y con el mazo dando: monopolio de la violencia y conflicto político en la última guerra carlista en Cataluña (1872-1876)», en *Vasconia*, núm. 24. Bilbao, 1998, pp. 191-208.

¹³ Propuesta aceptada por Don Alfonso el 3 de septiembre: «Nombres de los oficiales propuestos por el Brigadier Savalls para el empleo inmediato», 30 de agosto de 1872, frontera, BRAH, fondo A. Pírala, legajo 9/6868. Ver las nuevas disposiciones de control en *El Cuartel General*, la Seu d'Urgell, núm. 12, 22 de octubre de 1874.

fuerzas'?, le pregunté. Por aquellos barrancos se han dispersado, y ojalá los hubiesen muerto a todos; los p... capellanes tienen la culpa, me han obligado a ir a misa y me han j..., y el primer día los mando a todos al e...» (siempre, en el original). El lenguaje tabernario de Savalls era poco apreciado por Estartús o los infantes, pero ayudó a establecer una comunicación más fluida entre Savalls y los elementos de extracción popular de la oficialidad y de la base militar carlista ¹¹.

Sin embargo, no nos engañemos, las diferencias entre Savalls y los infantes, o con otros miembros de la dirección carlista, no eran ideológicas. En los bandos y folletos publicados con la firma del caeeilla la revolución era vista como una expiación, una obra divina. La guerra era un desagravio contra una constitución sacrílega que atacaba el matrimonio y los sacramentos. El liberalismo traía la libertad de enseñanza, el derecho de asociación, la crisis financiera y la subida de impuestos. La solución era el establecimiento de una autoridad dura: don Carlos. Ninguna fisura vemos desde el punto de vista ideológico. Ni en el discurso ni en la práctica. Bajo la dirección de Savalls se restauraron los mozos de escuadra y se establecieron duras penas contra el delito de robo de leña. Savalls defendía una determinada estrategia armada, aquella que permitía conservar las adhesiones indispensables para el sistema de partidas ¹⁵.

La visión negativa de Savalls no sólo la dieron Estartús, María de las Nieves, Alòs, o Vidal de Llobatera. También la dieron eclesiásticos que anteriormente habían confiado en él. Una figura de la notoriedad del eclesiástico Mateu Bruguera, se preocupó de recibir diversos informes sobre Savalls antes de emitir un veredicto. El testimonio es elocuente: «en torno a Savalls hay un secretario que es un abogado que jamás podrá servir para ganar un pleito; hay un fiscal que va a eOlllllllgar como un perro y roha a lo judío; hay uno que se llama barón de... que hace alas de mantener en París a una querida (...); hay ayudantes magníficos para pasearse por Olot haciendo el pollo y ayudando a la caza de señoritas (...).» Aquello era una colección de pérdidas, según Bruguera: «A Savalls déjale pasear su garbo por las calles de 0101 a lo carnavalesco, déjale hacerse dar serenatas todos los días y hasta

¹¹ Josep ESTARTÚS Y AIGUWELLA, *Memòries i Documents d'un Cidri 1808*. Biblioteca de Catalunya.

¹⁵ Ver el folleto *Ulls. PII/cill. Rev. Manifiesto del general carlista NIU/ Francisco Savalls a todos Uls españoles*, enero de 1873. Perpinyà, 31 pp. También hemos revisado unos 0 bandos de C'OUllllido claramente polifli(-o).

las 10 de la noche, déjale ir del brazo con su señora que ostenta un lujo insultante, déjale que permita pavonear a sus hijas y les mande su música siempre que quieran bailar en algún prado, déjale bailar él mismo en medio de la plaza deshonrando su uniforme (...)>>. Para Bruguera, Savalls estaba en su ocaso y urgía separarlo del ejército carlista. Era el chivo expiatorio de los problemas del carlismo catalán: incapacidad para llevar nuevos sectores a la causa, dificultades para tomar las capitales provinciales, crisis de su aparato fiscal y divisiones internas en la dirección *u*.

El relato de los seguidores de Savalls puede servir de contrapunto a las opiniones de sus críticos. Nos puede servir para conocer mejor la naturaleza «carismática» que pudo ejercer, en algunos momentos, entre los suyos. En una larga memoria dirigida a Don Carlos, unos admiradores de Savalls explicaron al pretendiente las cualidades del caudillo. El escrito es de noviembre de 1875, cuando el ampurdanés estaba detenido y bajo juicio en el norte, la guerra perdida en Cataluña y, en principio, no tenían nada que ganar. Después de recordar que Savalls y Castells resistieron solos en Cataluña en 1872, idealizaron la figura de su jefe con los siguientes comentarios: Savalls no se entregaba al sueño y al descanso, al contrario, «iba a cerciorarse si los centinelas estaban en sus puestos respectivos, y para dulcificar sus penalidades, tomaba su fusil, se colocaba en su lugar, y les pennitía algún descanso o sencilla recreación en lugares oportunos». Con esta actitud atraía la juventud y a los voluntarios, y evitaba las derrotas que otros tenían. De aquí, siempre según los memorialistas, que otros cabecillas heridos en su orgullo crearan el rumor «que no era lo mismo ser carlista que savallista, como si Savalls y los suyos no expusieran sus vidas por la Religión, por la Patria y por D. Carlos». Era natural, para éstos, que los voluntarios prefirieran un jefe experto, astuto y simpático. A pesar de las dificultades de la recaudación, sus voluntarios «no sufrían retardo alguno en el cobro de sus bien merecidos honorarios».

Savalls, según este panegírico, fue el líder que más despertó el entusiasmo y la confianza en la victoria. «Sólo confiamos en Dios, y con Savalls respecto de Cataluña». El jefe «odiaba chismes y hoy día tráfugos», aquellos que hablaban mal de él ante los infantes, como Vidal de Llobatera o Martí Miret. Al volver de la frontera tras su castigo en el Rosellón, Savalls había sido recibido por sus voluntarios con

κ Carta de Mateu Bruguera al reverendo Anselmo Ruiz, desde Tolosa de Lengüadoc, 12 de octubre de 1874, BRAH, fondo A. Pirala, legajo 9/6869.

los gritos de «¡Viva el campeón principal de nuestro Rey de Cataluña! ¡Viva nuestro padre! ¡Viva el ahuelo!»¹⁷.

Savalls era diferente porque permitía una expansión a los voluntarios para dulcificar sus penalidades, y por esto permitía los hailes. En opinión de uno de los subordinados cercanos a Savalls, Lluís d'Argila, los bailes y saraos se hacían para animar la gente: «daha bailes en días de decaimiento, en días de temores, fatigas, y para excitar o despertarles la alegría». Savalls bailaba para dar ejemplo, «y cuando la gente se había animado se retiraba diciendo «ya los tengo engrescados» (del catalán «animados»). En realidad, según la versión exculpatoria manifestada por Argila, Savalls era fácilmente manipulable por sus secretarios. Era como un niño¹⁸.

Estas imágenes no debían de ser tan contradictorias como parece, junto a las otras que ofrecen un Savalls despótico, violento e independiente. Sólo en este caso, el testimonio de Josep Joaquim d'Alós, nada simpático con Savalls, coincide con los anteriores. El método utilizado por el cabecilla para ganarse el aprecio del país era el siguiente: cuando entraba en un pueblo iba a ver a las monjas y al sacerdote, y les hacía dar oficios por los difuntos. Después, con sus fuerzas formadas en la plaza, celebraba una misa de campaña y el capellán del batallón sermoneaba a los voluntarios para que fueran buenos católicos y buenos carlistas. «Con toda esta pamplina -aseguraba Alós-, Savalls fue mimado por el país como el Mesías, así se lo miraban los curas y monjas, y los propietarios, en medio del gran desconcierto y desbarajuste del gobierno liberal, insubordinación de la tropa y de las ideas socialistas.» Para acabar de tener contento al pueblo mandaba venir músicas y él mismo bailaba sardanas. No importa que no ganara realmente las batallas. Savalls era visto como el caudillo más considerado con

¹⁷ Memoria firmada por el sargento zuavo, jefe de la sastrería del Principado de Cataluña, Bartomeu Grau, y por el propietario Josep Morell. Inmediaciones de Cirona, 13 de noviembre de 1875, dirigida a Don Carlos y su esposa, 25 pp. El documento fue enviado por el sacerdote Narcís Cargol, BRAH, fondo A. Pirala, legajo 9/6900.

¹⁸ Carla de Argila a A. Pirala, desde Cete (Francia), 19 de mayo de 1879, legajo 9/6894. La supuesta fortuna de Savalls reunida con sus correrías, Argila afirma que era de unos 15 ó 20 mil duros, con los cuales se pudo comprar una finca, no muy lejos de Niza. Por su parte, Marià Vayreda también señaló esta combinación de dureza y trato familiar en Savalls, cuando éste le recibió después de un retiro para curarse de sus heridas. *Records de la darrera cartiruala*. Selecta, Barcelona, 1982, 3.^a ed., pp. 170-171.

los suyos ¹⁰. En definitiva, el ampurdanés ocupó un lugar clave en la evolución de todas las dinámicas, las políticas internas y la evolución bélica más general del carlismo catalán.

Hasta aquí hemos podido conocer algunas de las características del caudillaje a través de una figura principal, pero, ¿qué ocurrió con los cabecillas de segundo y tercer orden? Veamos algunos casos. Fernando Piferrer (a) Nando era tendero en Anglès (comarca de la Selva), y había ocupado la secretaría de su junta legal electoral. Su muerte temprana a finales de 1872, reveló la estima que sus amigos tenían por él. Piferrer fue descrito como un jefe militar dedicado en cuerpo y alma a procurar todo lo necesario para los suyos: camisas, alpargatas, pólvora, munición, fusiles, pan, vino, carne, «todo, todo nos lo traías, querido e inolvidable Nando», decía el escrito laudatorio de un compañero de armas. Piferrer se había ganado un crédito inagotable en toda la montaña: «no tenía más que pedir una cosa para que fuera traída (...). Si en los pedidos ocurría algún entorpecimiento o dificultad, decían los portadores y conductores: «Nando lo ha dicho, Nando lo pide», y al momento todos bajaban la cabeza (...), porque el nombre de nuestro Nando era querido, respetado y reverenciado.» De manera similar, cuando murió en un combate el caudillo Francesc Tallada, las cartas de sus compañeros en la prensa lo describían como «nuestro padre de batalla». Es difícil encontrar definiciones más precisas del paternalismo carlista ²⁰.

Dejando al margen el buen trato para con la población y sus voluntarios de algunos jefes carlistas, el caudillaje entró a menudo en crisis debido al comportamiento deficiente y no compensatorio realizado por muchos otros. Un caso lo representa Mariano Sardà (a) de la Coloma, transportista y antiguo alcalde de Piera. Éste trataba a sus voluntarios del quinto batallón de Barcelona «a estilo de carretero, pues es muy aficionado a vapulearlos con una vara». El cochero que hacía la carretera entre Monistrol y MonLserrat le comentó a Alòs una conversación que tuvo con el susodicho Mariano. Cuando le preguntó el cochero por

¹⁰ Josep Joaquim d'Atos, *Carlitas de Catalunya...* op. cit. Sobre la imagen negativa de Savalls en la prensa liberal ver *Diario de Barcelona*, núm. 257, 14 de septiembre de 1875, dentro de una serie de artículos titulados «El personal de las fuerzas carlistas».

²⁰ Sobre Piferrer, carta firmada por «un compañero del difunto F. P.», en el diario carlista *La Esperanza*, Madrid, núm. 8577, 7 de noviembre de 1872. En el mismo diario, sobre Tallada, una carta donde se explicaba el dolor de los hijos de Tortosa, «porque casi todos los tortosinos iban a las órdenes de su padre de batalla, Sr. Tallada», núm. 8682, 14 de marzo de 1873.

qué había que pagar tantas contribuciones en los pueblos, el jefe le respondió: «si tenía que emigrar, no quería comer pan negro». A causa de los maltratos que infundía a sus hombres, pocos de ellos quisieron continuar con él, y el índice de deserciones fue muy alto. Tristany y Miret tuvieron que pasarle parte de sus hombres, y aun así también se le escaparon.

Ciennens era otro jefe que había trabajado como mozo en el casino de Vic. Con 42 años, mandó el segundo batallón de Barcelona. De poca instrucción, no sabía leer ni escribir. Muy aficionado al dinero, no llegó a ser sanguinario. Pero su historial no se agota aquí. En los últimos meses de la guerra, puso una carnicería en su ciudad con el dinero de las contribuciones. Más tarde, dos antiguos voluntarios suyos «se le presentaron en la tienda con un saco, y llenándolo se marcharon diciendo ya estar pagados a cuenta de los socorros que nos has robado cuando servíamos a tus órdenes, y no nos pagabas»²¹.

Con el paso del tiempo se creó una nueva hornada de dirigentes, quizás de «modernos» cabecillas. Se estaba operando un cambio en el mundo de los jefes de partida, su «profesionalización» según los parámetros de los ejércitos de la época. La disolución de las rondas carlistas por orden de Tristany en marzo de 1874, se justificó por ser «incompatible con la ordenanza y de perniciosa incuria», y se debe de entender como una parte más del proceso de «racionalización» del sistema de caudillos²². Con todo, el cambio de denominación de partidas por el de batallones, ocurrido entre 1873 y 1874, no dejará de ser más que aparente, nominal, puesto que persistirán las connotaciones tradicionales de la jefatura carlista.

Un paso más en esta transición fue la creación del Colegio para Cadetes en la pequeña población de Vidrà, el verano de 1874. Una nueva generación entró a servir como alférez o teniente, formados a medio camino entre el ejército regular y las guerrillas. Las mejores familias carlistas enviaron a estudiar a sus hijos, deseosos de figurar en las filas directivas del movimiento. Encontramos a Lluís Rosal y Coma, hijo de Ramonet Ne; Pau Soliva y Ruscalleda, de los Soliva de Tordera; Josep Torrabadella y Mas, de CassetTeS, parientes del último

²¹ *Ibidem...*, *op. cit.*

²² La eliminación de rollas también se justificó por quejas recibidas por su comportamiento, «causa de desmoralización y de costumbres nada militares». Se castigó su hábito de independencia con una orden de 30 de marzo de 1874, desde Torrelles de Foix. *El Estandarte Católico-Monárquico*, núm. 21. 13 de abril de 1874.

rector de la Universidad de Cervera y de la «Universidad carlista» de la Primera Guerra, o Lluís Vayreda y Vila, de los Vayreda de Olot, entre muchos otros ²³.

Proyectos como éste, ¿cambiaron realmente las condiciones de acceso al liderazgo? ¿Sirvieron para modificar las oportunidades y las vías de ascenso social que se creaban a través de la guerra? En la práctica se dieron formas híbridas durante los últimos latidos de la contienda, pero sin dejar nunca superadas las viejas tradiciones bélicas. Lo que sí podemos señalar es el lugar central de la cultura militar en el carlismo. Un aspecto puesto a menudo de relieve por sus contrincantes políticos, también impregnados de cultura «guerra-civilista». Las filas carlistas estaban llenas de títulos y de generales; tocaba a un jefe por cada veinte soldados, comentaba irónico un conocido diario republicano barcelonés ²⁴.

En definitiva, la crisis que afectó al carlismo en las postrimerías de la guerra, también fue la crisis de los líderes militares, de los caudillos. Cuando se presentaba a indulto el jefe lo hacían con él los restos de su partida, una tercera o cuarta parte de los efectivos del batallón al completo. El descrédito de los cahechillas fue generalizado, aunque afectó a todos los sectores dirigentes, incluidos los civiles. Valorar hasta qué punto esta experiencia marcó negativamente una cultura insurreccional tan larga, es todavía hoy una incógnita. El balance de la derrota y la adopción de otras formas de hacer política por parte de los jefes guerrilleros, demandaría un análisis específico sobre el encaje entre las viejas y las nuevas tradiciones,

²³ Lista de revista de comisario de los 112 alumnos de «Colegio Militar de Cataluña», con sede en Vidrà, del 3 de junio de 1874. Firmaha el teniente coronel director Ramón ROMERA Y XIRIBET, *En el Estandarte Católico-Monárquico*, Campamento carlista, núm. 29, 14 de junio de 1874, pp. 2-3.

²⁴ El artículo «El anti-militarismo de los carlistas» denunciaba la falsedad del discurso que utilizaban contra el ejército gubernamental: «Lo que quieren los carlistas no es abolir el militarismo, sino ejercerlo, serlo ellos, echando a los militares de ahora para colocarse en su sitio». En *La Independencia*, Barcelona, núm. 2.294, de 29 de agosto de 1874.